RESEÑAS

Bernardo Bolaños, *El derecho a la educación*, 1996, México, ANUIES, 165 p.

Desde la introducción, el libro de Bernardo Bolaños trasluce dos fuertes motivaciones: un espíritu de denuncia y, al mismo tiempo, como no podía ser de otra manera, un gran esfuerzo propositivo. Conozco a Bernardo desde nuestros encuentros semanales en el Seminario Eduardo García Máynez sobre Teoría y Filosofía del Derecho y luego he seguido más o menos de cerca su trayectoria académica, social y política. En ella siempre he percibido ambas motivaciones a las que se agrega, como es fácil apreciar en este libro, una gran capacidad argumentativa y una pluma clara y ágil.

Por lo que hace a su motivación de denuncia no puedo más que aplaudir su lucidez, su valentía, su responsabilidad y compromiso universitario. En lo general estoy de acuerdo con ella, aunque por momentos me parece un tanto sesgada; comprensible, si tomamos en cuenta el entorno y el pasado inmediato en México. Me explico mejor, Bernardo concentra su atención en los errores y abusos del modelo neoliberal de educación, muy especialmente el modelo tecnócrata del salinismo y lo que perdura de él. Sólo de manera tangencial denuncia los posibles errores y abusos de lo que podríamos llamar una educación 'comunitaria', y prácticamente omite la denuncia a una educación tradicional conservadora. Sobre esta última, es probable que Bernardo pensara en lo ocioso de dedicarle algunas líneas en el libro, aunque creo que hubiera sido de interés sobre todo si pensamos que buena parte de nuestra élite gubernamental y empresarial se ha formado en escuelas y universidades confesionales. Regresaré más adelante sobre lo que he llamado educación comunitaria.

A la crítica del autor sobre el modelo neoliberal de educación, que suscribo plenamente, quisiera agregar un par de consideraciones de orden filosófico, que subyacen a sus planteamientos.

RESEÑAS

La primera consideración es que en el modelo neoliberal se parte de la idea de que el mercado se justifica deontológicamente, es decir, el mercado debe entenderse como algo bueno en sí mismo, siendo la educación un producto más que debe someterse a sus leyes y, de forma determinante, a la ley de oferta y demanda. De acuerdo con esta concepción, en palabras de Aronowitz y Giroux: “Los estudiantes deben estar bien dirigidos desde una temprana edad y su sed para adquirir habilidades comercializables debe cultivarse a través de una intensa competencia, aun desde las guarderías... un nuevo *ethos* se sobreimpone: la autoridad de un mercado ferozmente competitivo. La coerción aparece bajo la forma de un temor externamente inducido. Si no aprendes ‘nosotros’, la escuela, no te castigaremos, la vida misma lo hará.”¹ Pienso que la teoría del Capital Humano de Gary Becker o del *voucher plan* de Milton Friedman, no hacen sino reforzar tal concepción. Lo paradójico, como veré enseguida, es que la defensa a ultranza del mercado en aras de salvaguardar la libertad individual de los consumidores (en nuestro caso los educandos) termina asumiendo posiciones centralistas autoritarias.

La segunda consideración es que el modelo neoliberal parte de una pretensión, que en palabras de Max Weber llamaré de “neutralidad axiológica”. La salvaguarda de las preferencias subjetivas en el juego del mercado exige que el Estado y el Derecho permanezcan neutrales. De nueva cuenta, lo que resulta paradójico es que en lugar de proteger las subjetividades individuales y su dinamismo se termina en una defensa perversa del *statu quo*, es decir, en esquemas rígidamente conservadores.

Contra la primera consideración debe sostenerse que el mercado no es algo bueno en sí mismo sino que su valor depende de los bienes primarios que permita alcanzar o garantizar en el marco de un sistema democrático representativo. Tales bienes primarios —y de manera fundamental los derechos humanos— son anteriores a las leyes del mercado. Esto quiere decir que tales bienes o derechos no son susceptibles de negociación alguna: no pueden decidirse por la regla de mayoría. El derecho a la educación es un bien básico, por lo tanto, no es negociable en el mercado. Más aún, su satisfacción contribuye al desarrollo de una sociedad más igualitaria.

Por otra parte, lo pernicioso del supuesto deontológico del mercado es que su propia dinámica conduce necesariamente a un crecimiento acumulativo

¹ Stanley Aronowitz y Henry A. Giroux, *Education under Siege*, 1987, London, Routledge & Kegan Paul, p. 190-1.

RESEÑAS

de la propiedad y a una notoria injusticia social que llegará a un umbral en el que se produce el llamado 'efecto Mateo' (haciendo alusión al evangelista): al que tiene se le dará y al que no tiene, aun lo poco que tiene, se le quitará. Esto favorece la acumulación desproporcionada de la propiedad. Por ello, en este tipo de dinámica si la sociedad no quiere resquebrajarse como consecuencia de su propia inestabilidad social, el Estado se verá en la necesidad de asumir el papel de árbitro, y así el Estado, pretendidamente 'mínimo', se deslizará hacia un tipo de Estado, que en aras de la paz social, instrumentará profundas redistribuciones. Y dado que en el esquema neoliberal tal tipo de Estado no tiene una legitimidad *de jure* sino *de facto* se terminará en la implementación de un Estado intervencionista con fuertes dosis de autoritarismo. Esto es autofrustrante para el neoliberal porque en tales condiciones lo que se pone en peligro es la misma libertad de los individuos. Por supuesto, la educación no queda exenta de esta práctica autoritaria. Creo que esto es lo que quiere expresar Bernardo cuando afirma: "Si algo caracteriza al neoliberalismo en educación, es precisamente esa planeación educativa producto de la autosuficiencia del tecnócrata."²

Contra la segunda consideración relativa a la neutralidad axiológica creo que es necesario defender la idea de que una neutralidad a ultranza es también perversa. El neoliberal piensa que la única forma de garantizar la libertad individual o las preferencias subjetivas es negar toda posible objetividad a los valores y, por lo tanto, justificar la neutralidad estatal y jurídica. Lo que el neoliberal aceptaría, en el mejor de los casos, sería una educación que se propusiera exclusivamente una 'clarificación de los valores' pero sin pretensión de instrumentación y compromiso con los mismos, pues ello atentaría contra la libertad de los individuos. Lo paradójico es que con tales premisas arribaríamos irremediabilmente a posiciones conservadoras. Como afirma Amy Gutmann: "si aceptamos la necesidad de una reflexión crítica y de un razonamiento ético, si defendemos la diversidad de pensamiento, la libertad de elección, y un acuerdo coherente para la reducción de conflictos, entonces debemos aceptar valores como la racionalidad, la justicia, la creatividad, la autonomía y el reconocimiento de la igualdad entre los hombres. Más aún, si a partir de un falso subjetivismo, los niños y jóvenes llegan a la escuela creyendo que los negros, los judíos, los indígenas, los homosexuales, son seres inferiores que no merecen el mismo derecho que los demás, entonces la

²P. 93.

RESEÑAS

carencia no es de clarificación sino de crítica de los valores”.³ Lejos de asumir una posición crítica y comprometida en materia educativa el neoliberal termina legitimando un sistema educativo reforzador del *statu quo*, una educación bancaria como diría Freire.

Pero decía que así como suscribo plenamente la crítica de Bernardo a una educación neoliberal o libertaria, creo que se deja ver un sesgo a favor de una educación comunitarista cercana a las propuestas de lo que él mismo reconoce como izquierda liberal norteamericana. Paso con esto a su motivación propositiva.

Por supuesto, no me refiero con la expresión ‘educación comunitaria’ a la educación estatal que con razón es criticada por el autor cuando afirma: “...el derecho a la educación como un derecho del Estado elimina todo espacio para la autonomía individual”.⁴ Y en otro lugar: “...tampoco la educación pública superior tomaría en cuenta la voluntad de los individuos sino las necesidades de la industria o los requerimientos económicos de la nación. El margen de libertad individual sería exclusivamente una especie de derecho a competir por los sitios que las autoridades educativas decidan abrir en cada especialidad. Esta lógica supondría que si se considera inútil para el desarrollo económico la formación de más abogados o dramaturgos, el Estado podría cerrar legítimamente las carreras de derecho y teatro en las universidades públicas”.⁵ Hay en el fondo de estos comentarios una crítica y desencanto de la noción de Estado-nación que lo acerca mucho a las reflexiones sobre el tema que viene desarrollando en nuestro país Luis Villoro⁶ y, sobre las cuales, no tengo tampoco objeción alguna. No, no es a este tipo de educación a la que me refiero con la expresión ‘educación comunitaria’.

Me refiero más bien a la defensa que se deja ver en el libro, a veces de manera solapada, otras, explícitamente, de los valores encarnados en una sociedad civil identificada mayoritariamente con los más necesitados, con los grupos que han sufrido rezagos históricos y que no han sido de alguna forma compensados, con los grupos minoritarios y la propuesta de una so-

³ Amy Gutmann, *Democratic Education*, 1987, Princeton University Press, p. 55-6.

⁴ P. 95.

⁵ P. 96.

⁶ Véase Luis Villoro, “Sobre derechos humanos y derechos de los pueblos” en *Isonomía. Revista de Teoría y Filosofía del Derecho*, n° 3, ITAM-Fontamara, México, octubre, 1995.

RESEÑAS

ciudad pluricultural, muy cercana, por cierto, a la ofrecida en nuestros días por autores como Michael Walzer. Tal como la estoy presentando se me podría preguntar: ¿qué puede tener de criticable esta concepción? ¿Qué puede tener de peligroso una educación comunitaria que consolide el derecho humano a ser diferente? ¿Una educación que a partir del 4o. Constitucional proteja la lengua, cultura, usos y costumbres, formas de organización social de las comunidades indígenas, por ejemplo? En fin, ¿una educación comunitaria que se propone como alternativa viable a una educación libertaria, estatista o mediatizada por los factores de poder? Si es correcta la interpretación que estoy haciendo de las ideas de Bernardo, estoy realmente interesado en saber hasta dónde quiere llegar con la idea de una educación comunitaria.

Para Michael Walzer, por ejemplo: “la actividad política siempre tiene una base territorial: la vecindad (o el distrito, el pueblo, la municipalidad, el ‘fin’ del pueblo: el conjunto de vecindades contiguas) es históricamente la primera base para la actividad política democrática. La gente tiende a ser más abierta al conocimiento y más consciente, más activa y eficaz, cuando se encuentra cerca de casa, entre amigos y enemigos conocidos. La escuela democrática, por tanto, debería ser un ámbito circunscrito dentro de una vecindad: un ámbito especial dentro de un mundo conocido, donde los niños se reúnan como alumnos tal como algún día lo harán como ciudadanos”.⁷ Una educación comunitaria con su peculiar comprensión de la democracia.

Si por esta línea se inclina la propuesta de Bernardo, pienso que si para el neoliberal es reprochable su subjetivismo individualista aquí lo es el subjetivismo relativista. Al lado de la cara amable que pone el acento en una visión realista de las comunidades con sus rezagos y carencias y en el valor de los lazos familiares y sociales como fundamento de derechos y deberes especiales, aparece la cara indeseable que es la idea, en palabras de Carlos Nino: “de que si el elemento social debe prevalecer en una concepción de lo bueno esto puede conducir a justificar sacrificios de los individuos como medio para promover o expandir el florecimiento de la sociedad... La exaltación de los vínculos particulares con grupos sociales como la familia o la nación puede servir de fundamento a las actitudes tribalistas o nacionalistas que subyacen a buena parte de los conflictos que la humanidad debe enfrentar”.⁸ Creo que

121

⁷ Michael Walzer, *Las esferas de la justicia*, 1993, México, FCE, p. 235.

⁸ Carlos S. Nino, “Liberalismo vs. comunitarismo”, *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, n° 1, Madrid, septiembre-diciembre, 1988, p. 367.

RESEÑAS

uno de los errores del comunitarismo, además del señalado por Nino en cuanto a la posibilidad de sacrificar a los individuos en aras de una defensa incondicional de los valores y de la identidad cultural de la comunidad, es partir de la falsa idea de que todo grupo minoritario, por el sólo hecho de serlo, y por encarnar de mejor forma los valores de la sociedad civil, no es susceptible de equivocarse y de incurrir en agravios a terceros: la sola alusión a la expresión 'miembro de un grupo minoritario' conlleva ya una fuerte carga emotiva de valor positivo. Esta premisa es falsa. Las minorías también pueden equivocarse e incurrir en graves perversiones morales.

En materia educativa, ¿cuáles son los límites de un enfoque comunitario? ¿Es válida cualquier violación a las garantías más elementales en aras de salvaguardar la identidad cultural de las minorías o deben prevalecer los derechos individuales por encima de las demandas de los grupos minoritarios? Reitero, ¿existe algún límite al enfoque de una educación pluricultural? Es verdad que Bernardo afirma que: "El contenido de la educación que permite la convivencia plural consiste en algunos principios básicos (en primer lugar el de la tolerancia y los derechos humanos)."⁹ Bien dicho, pero hay que caer en la cuenta de que ambos valores, en circunstancias concretas, pueden ser excluyentes: una flagrante violación de los derechos humanos en el interior de una comunidad lo que demanda no es una actitud de tolerancia sino de franca intolerancia, precisamente para salvaguardar los derechos de los individuos que la integran. Ahí donde existe una sólida educación en los derechos humanos no se requiere de tanta muestra de tolerancia. Ésta recaería sobre los deseos secundarios de los individuos pero no sobre sus deseos primarios.

Quiero concluir mi participación con un último comentario. La apuesta de Bernardo por una izquierda liberal norteamericana (aquí situé el pensamiento de Michael Walzer y no una posición como la de John Rawls y su liberalismo igualitario), así como por el pensamiento de Paulo Freire y de Pablo Latapí, tal como señala en la introducción, por supuesto no es gratuita. Lo que une a estos pensadores es un claro compromiso por una educación crítica y social, preferentemente por las minorías, los necesitados y los oprimidos. Pero no hay que obviar tan fácilmente las diferencias. No es lo mismo el liberalismo comunitario de Walzer, que el marxismo crítico de Freire y que el cristianismo aristotélico de Latapí. La epistemología subyacente a

⁹ P. 103.

RESEÑAS

cada uno, así como los fundamentos normativos y la propia concepción de una educación democrática varían en cada caso. Pero quizás no sean los fundamentos teóricos, en primera instancia, lo que motivó a Bernardo a la elección de estos autores sino un aspecto decididamente práctico: reitero, su lucha y compromiso por una educación en la equidad y en la justicia. Éste es un terreno en el que Bernardo se mueve con soltura, con pasión y, lo digo con la admiración y amistad que me une a él, con auténtica ejemplaridad.

¡Enhorabuena! por la publicación de este libro y estaré muy atento al próximo que ya debe estar en preparación.

RODOLFO VÁZQUEZ
Departamento Académico de
Derecho, ITAM

123

Texto leído en la presentación de este libro, llevada a cabo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el 9 de septiembre de 1997.